

sito y con el mayor cuidado, y se sentía fuera de su centro en aquellos vastos salones, fríos, á pesar de los caloríferos, donde todo trascendía á provisional, á cuarto de fonda, á morada de paso, con sus medias cañas desconchadas, y de cuando en cuando alguna mancha señalada por una gotera en el techo de aquel antiquísimo palacio de la plaza Beauvau. Cuando alguna amiga iba á visitarla y le decía que estaba muy bien alojada en aquel magnífico palacio, la pobre Adriana respondía sonriendo tristemente:

—¡Sí! pero quisiera, de mejor gana, vivir entre mis muebles de costumbre y en mi verdadera casa.

Sulpicio, desembarazado al cabo del Consejo de Ministros y de las visitas de por la mañana, al entrar en el Ministerio avisó á la *señora* de que ya estaba de vuelta.

Adriana, muy bonita, con una bata de terciopelo negro ajustada á su esbelto talle, fué á buscarlo y se sintió repentinamente triste al notar lo preocupado y abstraído que se hallaba. No se atrevía á preguntarle; pero sin poderlo remediar, inquieta, casi asustada, no pudo menos de preguntar la causa de aquel entrecejo.

—Tienes mala cara, mi querido Sulpicio—dijo sonriendo.

Entonces él explicó rápidamente lo que había sucedido á propósito del nombramiento de Warcolier.

—¿Y no es más que eso? ¡Bah! ¡muchas otras cosas por el estilo has de ver!

Y sonrió graciosamente.

—Esa es la política..... y puesto que te gusta..... ¡Al menos que no te guste nada más que ella, Sulpicio!—dijo acercándose á Vaudrey.

Iba á aproximar la frente para que le diese un beso como en otro tiempo, pero retrocedió bruscamente; un criado de aspecto grave se presentó en aquel momento, para anunciar ceremoniosamente que el almuerzo estaba en la mesa.

Vaudrey comió sin apetito. Adriana lo miraba con ternura. ¡Cuán nervioso y fácil de disgustar era! El nombramiento de Warcolier no valía la pena de que se preocupase tanto.

Iba á hablarle del asunto; pero Sulpicio le hizo seña para que callara. Los criados, inmóviles, escuchaban.

Adriana experimentaba, como su marido, el suplicio de aquella especie de eterna vigilancia ejercida sobre ellos. Al sentarse á la mesa tenía apetito y luego se le quitaban las ganas de comer. Los platos llegaban fríos, servidos en fuentes de diversos dibujos, marcados con la cifra de Luis Fe-

lipo, LF. entrelazadas, ó del monograma del imperio, N., todo usado, viejo, deslucido; vajillas de Sèvres que habían servido en multitud de sitios, en las moradas regias, en los palacios nacionales, y que al fin habían sido repartidas entre los distintos ministerios, como restos de las mesas de soberanos destronados.

Adriana, en vez de comer, contemplaba aquellas cifras, y meditaba.

Parecíale hallarse en el comedor de una fonda, donde los platos mal hechos y mal presentados le quitaban la gana de comer.

Sulpicio estaba triste, silencioso y en sus mudas preocupaciones mezclaba en extraña confusión al astuto Granet con el inteligente Warcolier y con aquella Mariana Kayser, cuya imagen no lo abandonaba ya ni un momento. Estaba descontento de sí mismo, abrumado por la persistencia de aquel recuerdo.

Adriana, también triste sin saber por qué, trataba en vano de sonreír y de distraerlo para arrancarlo á sus preocupaciones; si salía, como quien sale de un momento de estupor, de sus reflexiones, era para contestar con un monosílabo ó una frase seca á alguna pregunta de su mujer, y volvía á caer en su nervioso mutismo.

A menudo lo había visto así en los momentos

críticos de las luchas encarnizadas de la política, y por lo tanto no se asustaba. Si se hubiese encontrado en su casa en vez de hallarse en medio de aquel palacio sombrío y desagradable, hubiese corrido á él y sentándose en sus rodillas le hubiera dicho, cogiendo entre sus manos aquella cabeza calenturienta: «Veamos ¿qué tienes? ¿qué hay? Dímelo, para que yo, aunque no soy más que una chiquilla, pueda consolarte.»

Pero allí, delante de aquellos criados siempre en escena, no se atrevía. Estudiaba con inquietud la explosión triste del avinagrado semblante de su Sulpicio quien, desde la entrada en el Ministerio era la primera vez que se le aparecía así.

—Tú tienes algo, Sulpicio mío.

—No..... nada..... y además.....

La mirada del Ministro acababa la frase..... Y además, suponiendo que tuviese algún disgusto que confiarle, ¿podía hacerlo sin que lo oyesen aquellos criados importunos, delante de aquellos ojos fríos, de aquellos servidores implacables, obsequiosos en apariencia, pero quién sabe si hostiles en realidad? Ya habían pasado los tiempos aquellos de intimidad y de las confidencias entrecortadas de besos y de risas, como las que tenían cuando estaban recién casados.

Es verdad, Adriana se olvidaba de que Sulpicio no podía hablar.

—Servid pronto el café—dijo.

Estaba deseosa de verse en su cuarto sola con su marido. Pero él, como si huyese una entrevista, hambriento de soledad, dijo que tenía un fuerte dolor de cabeza que sería nervioso ó neurálgico. De trabajar ó del disgusto.

—¿Tal vez en el Consejo de esta mañana?.....—preguntó Adriana.

—Sí, en el Consejo..... Necesito tomar un poco el aire..... Iré á dar una vuelta por el bosque de Bolonia..... El tiempo está seco y el paseo me sentará bien.....

—¿Me llevas?—dijo ella muy alegre.

—Sí quieres.....—contestó Vaudrey.

Y añadió apresuradamente:

—Tal vez sea mejor que vaya solo..... Tengo que pensar en una porción de cosas..... trabajar..... Hoy no hay sesión en la Cámara y tendré todo el día por mío.

—Como quieras—contestó Adriana envolviendo á Sulpicio en una dulce mirada de sus hermosos ojos. ¡Hubiese sido, sin embargo, tan agradable ir á tomar juntos el sol! Pero tienes razón, y tus ocupaciones son antes que todo; toma el aire, pasea y

respira y descansa..... ¡Estaré satisfecha si vuelves á casa con la cara y la sonrisa de siempre!

Sulpicio miraba á la joven con cierta especie de apasionada ternura, que lo turbaba casi como si fuera un remordimiento. ¡Había tal expresión de amor en las miradas que le dirigía! ¡Adriana, con su profunda ternura, su calma aparente, semejante al agua mansa, lo amaba tanto y tenía tan buen talento! ¡Y era tan confiada!

Sentía deseos de suplicarla que se pusiese un abrigo y que se fuese con él para dar un paseo en carruaje, como dos enamorados. Pero al mismo tiempo experimentaba deseo vehementísimo de verse solo y entregarse por completo al nuevo recuerdo, á la imagen que lo perseguía por doquier. Parecíale que se separaba de Adriana para ir á ver á Mariana.

Así es que no insistió y dijo que era mejor que se marchara solo. Mañana, puesto que durante unos días no había de haber sesión en la Cámara, saldría con Adriana. El coche los llevaría á donde ella quisiese, á Saint Cloud ó á Ville d'Awray y allí almorzarían los dos solitos sin que nadie los conociese.

—¿De veras?—dijo Adriana.

—¡De veras! Tengo ganas de escaparme á todos estos honores y saludos.

Y Sulpicio lo decía riendo.

—Me ahogo—añadió besando á Adriana que estaba loca de contento pensando en la expedición prometida.

—¡Qué colorada estás!—le dijo cándidamente Sulpicio.—¿Qué tienes?

—¿Yo? Nada.

Ella lo miró con aire inquieto.

—¡Me encuentras demasiado colorada! No tengo el color de las parisienses. Pues como seas mucho tiempo ministro, te aseguro, hijo, que se me pasará. Y esto no es quejarme.

Luego le dió otro beso.

El se marchó, contentísimo de verse libre.

¡Por fin! Por fin durante un día entero, se escapaba al engranaje de su monótona existencia ordinaria, al estruendo de la Cámara, á la confusión del salón de conferencias, á las conversaciones de los pasillos, á las preguntas, á las entrevistas interrumpidas continuamente, á la excitación que tanto le agradaba, pero que á veces lo dejaba fatigado, con el pulso un poco febril, al cabo del día. Ahora iba á ser dueño de su pensamiento y de su reflexión. Se pertenecía. Era casi imposible salvarse un rato de la tempestad á que se había lanzado, satisfecho y contento, pero que algunas veces le cansaba.

En el tumulto continuo de la política sentía de vez en cuando la nostalgia del reposo y de la tranquilidad, deseos de emanciparse, de ir, como si fuese en un entreacto, á hacer vida vegetativa en un rincón ignorado y volver á la realidad de la existencia que no era, no podía ser aquella vida agitada, exacerbada, casi irritada que estaba haciendo en París. Y también de vez en cuando deseaba reemplazar la actividad con la actividad, viajando, dando á sus ojos el placer de ver cosas nuevas, el verde de los prados ó el conjunto de ciudades desconocidas.

Pero los años habían transcurido en medio de aquella tensión nerviosa á que lo condenaba la política. Vivía con Adriana en un medio de sobreexcitación continua. Era feliz, sin embargo, porque su esposa lo amaba, porque sus ambiciones se veían satisfechas, porque ejercía sobre toda una Cámara de hombres importantes una influencia omnimoda; bendecía su vida, excitaba la envidia de muchos, hubiese parecido ridículo si se hubiera quejado de su suerte, y sin embargo, en el fondo de su alma, descontento sin saber por qué, mordido por vagos instintos febriles, por apetitos extraños que no podía definir, por curiosidades hijas acaso de haber soñado en su juventud cosas

bien inferiores á lo que la realidad le daba. Y sin embargo, cuando analizaba esas realidades, se decía que las promesas de sus ensueños eran mucho más embriagadoras que las más cumplidas satisfacciones de su amor propio y de su ambición.

¡Vaudrey era ambicioso, pero un ambicioso indefinible! En otro tiempo, le parecía que la vida estaba compuesta de triunfos, de entradas en las ciudades al son de la música y precedido por el entusiasmo público. ¡Imaginaba conquistas, victorias, apoteosis! ¡Glorias teatrales! Ahora, más irónico, se hubiese contentado con triunfos á medias, como si su naturaleza inquieta estuviera satisfecha de lo que había obtenido ya.

Adriana lo amaba. El á su vez amaba profundamente á su mujer.

¿Por qué entonces el encuentro con Mariana lo enloquecía? Evidentemente la señorita de Kayser personificaba ensueños pasados, apetitos de cierto amor que la pasión de Adriana, con ser absoluta, no había podido sin embargo satisfacer del todo. Había en aquel hombre honrado ardimientos singulares, curiosidades más bien que ardimientos, avideces de conocer, necesidad de acercarse á los abismos y dirigir una mirada al fondo de ellos.

A veces le parecía á Vaudrey que no había vi-

vido y era al mismo tiempo su miedo y su deseo vivir, vivir esa vida de París que cosquilleaba todos sus instintos y hacía revivir todos sus ensueños. Al encontrar á Mariana la noche antes, habíale parecido, al verla dirigir hacia él aquellos ojos medio velados por sus largas pestañas rubias, que éstas eran el telón de un teatro que al correrse dejábale ver una decoración deliciosa y poética que lo deslumbraba. Y el efecto duraba todavía de tal suerte, que lo llevaba consigo á medida que el carruaje atravesaba el barrio Saint-Honoré, dirigiéndose hacia el Arco de Triunfo. El ministro, dos horas antes ocupado en los altos negocios del Estado, acurrucábase en un rincón del coche, y bien envueltas las piernas en una elegante manta y con los pies colocados sobre el calentador lleno de agua hirviendo, miraba sin verlos á los transeúntes, á las casas, á las aceras, y pensaba sin cesar en aquellos ojos, en aquel imperdible en forma de mariposa que le parecía estar revoloteando sobre unos cabellos rubios, como si fuese una golondrina revoloteando sobre un campo de espigada miés.

Le complacía pensar en Mariana. Era una preocupación enteramente nueva; una manera, como otra cualquiera de descansar; una sensación curiosa,

extraña y agradable. Encontraba en ella emociones de las que había sentido á los veinte años. Amor en el corazón es un antídoto contra las canas de la cabeza. Además, ¡quién sabe si no había de volver nunca á ver á la señorita de Kayser! Haría, sin embargo, todo cuanto pudiera por verla de nuevo, y en cuanto tuviese recepción en el ministerio la convidaría..... De pronto su pensamiento voló hacia Ramel, á quien también quería invitar á sus recepciones. ¡Lo quería tanto! Él fué quien allá en sus tiempos de luchas periodísticas, perteneciendo á la redacción de *La Nación Francesa*, había bautizado á Dionisio con la frase de *una conciencia vestida de frac*.

Y precisamente, puesto que tenía una tarde disponible, iría á visitar á Ramel. Tenía empeño en demostrarle que para él siempre sería el amigo leal y no el ministro.

—A la calle Boursault, en Batignoles—dijo al cochero bajando el cristal de una ventanilla;— luego iremos al Bosque.

El cochero guió el carruaje hacia la izquierda y se encaminó á los boulevares exteriores cruzando el parque de Monceau.

Vaudrey estaba muy contento. Iba á charlar á sus anchas con un verdadero amigo. ¡Pícaro Ra-

mel, con su afán de permanecer siempre en la sombra, de no ser nada, de querer estar siempre caído, como diría Jeliotte! Pues á pesar de todo, Vaudrey lo tomaría por consejero suyo. Aquel diablo de Ramel, aquel hurón, aquel salvaje, sería, á pesar suyo, el verdadero ministro de la Gobernación.

El ministro no conocía la casa que Ramel habitaba desde hacía poco tiempo. Esperaba encontrarse con una pobreza orgullosa, con una casa fría, y se encontró, cuando Dionisio le abrió la puerta, en la casa de un obrero, transformada por el gusto de un artista, en el pequeño museo de un coleccionador inteligente.

En el piso tercero de una casita de la calle de Boursault, después de haber pasado un corredor estrecho y de haber subido una escalera ni muy cómoda ni muy ancha, Vaudrey tiró de una campanilla y penetró en un cuarto bien amueblado, muy alegre, con muy buen sol y con muy buenas vistas.

Había allí grabados y pinturas colgados de las paredes, cuadros antiguos de los buenos tiempos que ya pasaron; una librería de caoba muy sencilla, contenía libros escogidos, no muchos, pero hojeados muy á menudo y enriquecidos con notas y reflexiones valiosas.

Todo aquello era pequeño, humilde: una alcoba estrecha con una buena cama de hierro, un cuarto de vestirse, un comedorcito con sillas muy baratas, y un despacho, más bien un cuarto de trabajo, con muy buenas luces y retratos, libros y pinturas, todo escogido.

Pero en medio de aquella sencillez y limpieza que traía á las mientes el recuerdo de un viejecito recién afeitado, todo estaba en orden, arreglado, cuidado con afán meticoloso.

Aquella modesta instalación, aquellos pocos libros, aquella paz octaviana, el olvido hallado en una casa de Batignoles, habitada por empleados de poco sueldo, horteras y trabajadores, era suficiente para Ramel. Éste salía poco, solamente para tomar el aire, y volvía pronto, porque se cansaba con facilidad.

Y es que había trabajado mucho, muchísimo, diariamente en sus tareas periodísticas, gastando sus nervios, su energía, su carne, improvisando, lanzando al viento de la publicidad sus gritos, sus protestas, su corazón y su vida! ¡Cuántas páginas amontonadas, desaparecidas, huídas entre el polvo de olvidadas colecciones de periódico!..... ¡Cuánta tinta gastada! ¡Y cuánta sangre de sus venas en aquella tinta!

En su cuarto de trabajo, Dionisio Ramel pasaba á veces las horas muertas asomado á su ventana, mirando las hojas verdes de los árboles ó las altas tapias de un edificio donde se hallaba instalada una escuela de dibujo y la bandera tricolor que tremolaba en una escuela normal establecida en frente; luego, allá á la derecha, á lo lejos, podía percibir el movimiento y actividad de la estación de San Lázaro, de donde, alternando con los agudos silbidos de la locomotora, subían blanquecinas columnas de humo que se disipaban en el aire como si fuesen los suspiros de un gigante.

—Humo contra humo, pensaba Ramel con su pipa en la boca. Y tanto montaría querer luchar— tiempo perdido—contra la estupidez que pretende que produzca uno solo, fumando, tanto humo como echan todas esas locomotoras juntas.

Ramel se puso muy contento al ver á Vaudrey, que la criada anunciaba estropeando su apellido de este modo: *El señor Vaugrey*. Le acercó una silla sonriendo, y le preguntó qué iba á hacer en casa de un *gacetillero de antes del diluvio*.

—¡Un mastodonte de la prensa!—añadió.
¿Qué iba á hacer Vaudrey?

La visita del ministro no tenía más objeto que el de encontrarse con un antiguo y leal amigo y

los consejos de otros tiempos, y á la par ver si había manera de llevar á Ramel al ministerio. ¿No le apetecería la dirección del negociado de la prensa?

—¡Como si se pudiera dirigir á la prensa—contestó Ramel.—Más valiera no tenerla, que tener que dirigirla. ¡Los periódicos ministeriales no aconsejan más que tonterías!

—¿Pero sabéis, mi querido Vaudrey—dijo de pronto el veterano periodista—que sois el primer ministro amigo mío, y ya veis que he tenido muchos, que se han acordado de mí?

—El mayor gusto que podéis darme, querido Ramel, es dirigirme ese cumplimiento. No hay para mí nada tan despreciable como los ingratos, y entiendo que esto que tanto os llama la atención es sencillamente cumplir un deber enteramente elemental.

—Pues ¡vive Dios! que hay muchas gentes que no lo entienden así, ni saben una palabra de vuestras teorías.

—Razón de más, mi querido Ramel, para agradecer vuestros recuerdos y vuestras pruebas de amistad.

Sulpicio estaba acostumbrado al ingenio singularísimo de Ramel, un tanto burlón, pero lleno de

sabiduría, como el agua pura donde se echa un poco de ginebra, que está más bien perfumada, que amarga. No conocía hombre más indulgente ni más penetrador al mismo tiempo que el antiguo periodista.

—¿Por qué queréis que odie yo á la gente?—decía el anciano.—¿Por su tontería? La compadezco y no tengo tiempo de detestarla. No se puede hacer todo á la vez.

El ministro estaba contentísimo viéndose á solas con aquel hombre de otra época, parecido á esas monedas antiguas, monedas que ya no pasan, pero que tienen mucho más valor porque se han convertido en medallas. Con él podía hablar francamente, decir las cosas tal cual le sabían, porque no era posible la traición por su parte. Por eso hubiera deseado tenerlo á su lado, como poderoso auxiliar; por eso insistió de nuevo, á pesar de las negativas de Ramel.

—Ya os lo he dicho. ¡Es que tengo necesidad de vos!

—¿De mí? Soy demasiado viejo.

De vuestros consejos.

—Bueno; no necesito deciros dónde vivo, puesto que os veo aquí, ni deciros que podéis en absoluto contar conmigo, puesto que me conocéis hace mucho tiempo.

Vaudrey comprendía que era inútil insistir, porque no tenía que habérselas con un misántropo ó un desdeñoso, sino con un sabio. Cuando llegase la ocasión, encontraría la lealtad y el desinterés de aquel viejo de bigote blanco, que con el gorro de casa en la cabeza fumaba tranquilamente su pipa, al lado de la ventana cuando entró el ministro.

—¿De modo—dijo Sulpicio un si es no es asombrado—que sois feliz, Ramel?

—Enteramente feliz.

—¿No ambicionáis nada en este mundo?

—Nada absolutamente. Espero con filosofía la hora del monumento.

Y sonrió al ver que Vaudrey no comprendía el significado de aquella palabra, que le era familiar.

—Sí, del monumento que hay ahí cerca: el camposanto de Montmartre. No es que tenga prisa por concluir con la vida, que á veces es muy agradable; pero después de todo, hay que pensar que la comedia acaba por acabar. El día menos pensado me encontrarán muerto aquí, en cualquier parte, en la butaca ó en la cama, de repente ó después de una larga enfermedad, lo cual me fastidiaría, porque la lentitud en esas cosas es verdaderamente repugnante, y leeréis en uno ó dos periódicos un sueltecillo anunciando que el entierro de Dionisio

Ramel, antiguo redactor de una porción de periódicos democráticos, célebre allá en sus tiempos y bastante olvidado después, se verificará tal día á tal hora y en tal parte. Vendrá poca gente, pero os ruego que asistáis..... á menos que haya aquel día sesión importante en la Cámara.

Y el anciano, acariciándose las guías de su bigote blanco, había puesto cierto tinte irónico en sus últimas palabras. Borrólo sin embargo alargando afectuosamente la mano á Sulpicio Vaudrey.

—¡Vaya unas cosas alegres que os estoy diciendol! Perdonadme, tanto más cuanto que tratándose de vos no dudo ni por un momento..... Vos habéis sido siempre crédulo, lo cual constituye vuestro principal defecto, que no es menudo. En una sociedad de gente de negocios, de políticos, la mayor parte egoístas, de medianías, vos conserváis ilusiones y apetitos de artista. Os parecéis á esos pobres soldados de nuestro ejército, especie de poetas de la guerra, que si es menester van á romperse la cabeza, uno solo contra una batería. Ciertamente me consideraré siempre feliz de aconsejaros, mi querido ministro, á quien en otro tiempo llamaba yo hijo mío, y si la opinión de un pobre viejo puede serviros alguna vez de algo, aquí me tenéis y aquí me encontraréis siempre dispuesto á seros útil.

Disponed de mí y me consideraré bastante pagado, como pueda seros de alguna utilidad.

—¡Ay!—exclamó Sulpicio.—¡Si supieseis cuánto bien hace oír la palabra leal de un hombre en quien uno tiene confianza!..... ¡Parece que suena de distinto modo que la de los otros!

Y entonces, por una suave pendiente, dejóse ir á confidencias de los desengaños ó de los disgustos primeros.

El nombramiento acordado aquella mañana misma, de Warcolier que iba á ser subsecretario de un ministerio republicano después de haber representado charadas en Compiègne, lo ponía furioso.

Ramel en cambio se echaba á reír.

—¡Ah! ¡bah! Ya veréis otras cosas mucho más gordas.... Los Gobiernos siempre han hecho mucho caso á sus enemigos, tan luego como esos adversarios han simulado deponer las armas!..... ¡Los amigos! ¡Bah! ¡Quién se cuida de ellos puesto que se les tiene seguros!

—¡Y eso no os irrita á vos, republicano de buena fe!

—¡Á mí, con lo viejo que soy! ¡Ca!—dijo Ramel riendo por bajo de su bigote blanco;—eso me deja perfectamente tranquilo. Me digo que mis ilusiones, mi *ideal*, y usaré una palabra á la moda, no

se lastima por esas cosas, y estoy persuadido que el progreso marcha y que la causa de la libertad gana terreno, á pesar de tantas injusticias y tantas torpezas. Os confieso, sin embargo, que alguna vez experimento el sentimiento extraño de un hombre que al cabo de muchos años se encontrara del brazo de un individuo que no estima mucho, á la mujer hermosa por quien estaba loco de amores cuando tenía veinte años!.....

Ramel había encendido su pipa, y medio envuelto en el azulado humo que se desprendía de ella, charlaba, satisfecho también él, de hablar con franqueza y de dejar escapar sin la menor amargura el secreto de su corazón, dando, como lo hubiese hecho un hermano mayor, consejos á aquel hombre, joven todavía, al cual él había comparado cierto día con esas porcelanas demasiado delicadas que se desconchan al menor choque con cualquier cosa.

—¡Ah!—dijo de pronto.—Sobre todo, mi querido Vaudrey, no vaciléis en aparecer en la tribuna más brutal y más afirmativo de lo que sois en realidad. En un tiempo en que la palabra *simpático* se ha convertido en una injuria, conviene echar fama de ogro. La táctica esa es buena.

—No lo conseguiré nunca—dijo Sulpicio sonriendo como siempre.

—¡Tanto peor! Lo que me ha faltado á mí ha sido que me hayan podido llamar *nuestro anti-pático colega*. Los hombres delicados y modestos son los burlados. A fuerza de hinchar el pescuezo, los pavos acaban por parecer pavos reales. Creedme, amigo mío, es peligroso, aun en el Ministerio, aun en la posición á que habéis llegado, es peligroso tener demasiado buen gusto.....

—Habláis en paradoja..... —empezó á decir Sulpicio.

—¿Y creéis que las invento yo? No, por cierto, lo que hago es comunicaros mi experiencia, que es mucha, y que me ha costado cara. Haced de ella el uso que queráis, y sobre todo cuidado con *le donne*.

—¿Las mujeres? —preguntó el Ministro involuntariamente turbado?

—Sí, las mujeres. Hay en torno de los Ministros un escuadrón de mujeres galantes que tal vez está más vestido, pero que no es ciertamente menos peligroso que el famoso escuadrón volante de la de Médicis. Las mujeres que se quejan de no tener derechos políticos, los tienen todos en realidad, puesto que tienen poder para dirigir la política de los Ministerios y hacer saltar á los Ministros como la Du Barry hacía saltar sus naran-

jas..... Advertid que nunca que hablo de las mujeres se me ocurre aludir á vuestra admirable esposa, á la señora de Vaudrey —dijo Ramel con un tono de respeto que llamaba la atención en aquel anciano.

—Y puesto que estamos charlando —replicó— voy á deciros francamente lo que más me choca en la situación actual, y tomad de mis opiniones lo que os plazca. Lo que más llama la atención en los tiempos de ahora, mi querido Vaudrey, es la facilidad con que se gastan los hombres. Especialmente la política hace un consumo extraordinario. Me parece que el individuo actual no está hecho para resistir largo tiempo. Tal vez esto consiste en que los negocios públicos se hallan siempre, y cualquiera que sea el partido que manda, en manos de hombres poco preparados para ello. Y no digo esto por vos, que, desde el punto de vista intelectual, sois una verdadera excepción. Se verifica además, de algunos años á esta parte, el fenómeno extraño de que, mientras las ciudades de provincias se hallan en poder de industriales parisienses que las reconstruyen y demolen su vetustad para modernizarlas, dotándolas de magníficos paseos y suntuosos hoteles, París, por el contrario, se halla dirigido y gobernado por

provincianos que lo provincializan del mismo modo que las compañías parisienses convierten en grandes capitales los pueblos de sus provincias.

Nuestros provincianos, admirados de verse á la cabeza del movimiento parisiense, pierden un poco el juicio, y se precipitan con apetito perfectamente inmoderado sobre su presa. Tienen todas las glotonerías de los niños á quienes se les prohíbe comer todo lo que quieren. Y son glotonos especialmente en el punto más peligroso. Hablo de la mujer. Hijosdalgos de pueblo, que han envejecido en su provincia sin más amores que los de alguna criada campesina, ó burgueses que han ejercido la medicina ó la abogacía haciendo versos á la mujer del recaudador de contribuciones, todos, todos sienten curiosidad cuando vienen á París por conocer esa cosa desconocida: la mujer. Y bien pronto la mujer se chupa á sus excelencias hasta la médula de los huesos. A los partidarios de la resistencia, les arrebata la energía; á los amantes de la libertad, les arranca la virilidad de su fe. ministros de fuerza ó ministros de ideas, la mujer no necesita mucho tiempo para dejarlos sin ideas ó sin fuerza. ¡Y diablo! hay que confesar que no se gobierna á París como se defiende un

pleito ante la sala de una Audiencia de provincias.....

El Ministro escuchaba con cierta gravedad no exenta de turbación, estas verdades crueles como puñaladas, que el antiguo periodista formulaba sin apasionamiento, sin exasperación y sin furia. Le agradecía á Ramel que hablase con tanta franqueza.

Sí, ciertamente lo que estaba diciendo el *veterano*, como Dionisio se llamaba á sí propio algunas veces, era exactamente lo mismo que pensaba Vaudrey. Esas observaciones un tanto desconsoladoras, las había hecho él en más de una ocasión. Pero precisamente para concluir con esos abusos, con esas tonterías, con ese provincialismo, iba al Poder y multiplicaría sus esfuerzos para conseguir su honrado propósito.

Dió gracias á Ramel con sincera efusión. Aquella no sería ciertamente su última visita, sino que, al contrario, iría con frecuencia á la calle Boursault, donde sabía que siempre le esperaba un verdadero amigo.

—Y tenéis razón—dijo Dionisio.—En ninguna parte se os querrá ni se os dirán más claramente las verdades. Las paredes de los Ministerios, amigo Vaudrey, son demasiado espesas. En aquellas habitaciones no se oye nada, ni el ruido de

los carruajes ni los gritos que dan en la calle. No he pasado más que unos pocos días en un Palacio—el año 48 en las Tullerías—y eso en calidad de guardia nacional, y os aseguro que á las dos horas de estar allí no oía nada. Las alfombras, los cortinajes, las paredes lo ahogan, y aunque hubiesen tirado un cañonazo, creo, palabra de honor, que no lo hubiera oído. ¡Mucho menos podrá oirse una verdad! ¡Porque las gentes no gustan de decir las verdades en voz muy alta ni con mucha claridad, porque les da miedo!

—Os juro—dijo Sulpicio—que yo lo oiré todo y procuraré verlo todo. Y puesto que el Poder está en mis manos.....

Dionisio Ramel movió tristemente la cabeza.

—¡El Poder!—exclamó—¡Ah! ¡ya veréis como no se absorbe más que en dosis homeopáticas! Tendréis enfrente de vuestros buenos deseos las *oficinas*, esas oficinas sacrosantas que gobiernan este país desde que existe la burocracia, y os advierto que ya os echarán la zancadilla en favor de un Warcolier.

—¡Oh! ¡Eso será si yo lo consiento!—objetó Vaudrey con altivez.

—¡Ay! ¡pobre amigo!—interrumpió el veterano—ya lo habéis consentido.

Se levantaron, Vaudrey cogió el sombrero y Ramel dijo al Ministro cogiéndole del brazo con amistosa familiaridad para acompañarle hasta la puerta:

—El Poder es como las cometas. Sube mucho, pero la cuerda está siempre en manos de algún chiquillo.

—Vamos, vamos—contestó Sulpicio, sois pesimista.

—Confieso que Schopenhauer no me desagrada.... algunas veces.

Separáronse después de un cordialísimo saludo, y Dionisio Ramel se volvió con su pipa á su sitio al lado del balcón, en tanto que el Ministro se llevaba de aquella entrevista una impresión, agradable pero turbadora, como si ya en tan poco tiempo hubiese perdido la costumbre de oír hablar con franqueza.

Experimentaba cierta necesidad de *digerir moralmente* su conversación con Dionisio. No tenía ganas de volverse á las habitaciones del Ministerio sin aprovechar el delicioso tiempo de aquella espléndida tarde de Febrero, así es que al subir al carruaje dijo al cochero:

—¡Al Bosque! ¡alrededor del lago!

El día estaba embalsamado como en una tarde

del mes de Mayo. Vaudrey bajó el cristal de la ventanilla del carruaje para respirar á sus anchas.

El boulevard exterior por donde iba el coche estaba lleno de alegres paseantes. Parecía aquella la tarde de un domingo. Algunos viejos tomaban el sol sentados en los bancos del paseo.

Sulpicio miraba todo aquello con la cabeza llena de las advertencias y consejos de Ramel. Un momento antes le había llamado pesimista, pero tenía que confesar que el *veterano*, convertido en filósofo, decía verdades como templos. ¡La mujer! ¿Por qué había hablado Ramel de la mujer?

Y el pensamiento, cuasi inquieto, de Sulpicio se distraía en seguida al ver el aspecto alegre de los sitios y de las personas que se presentaban á sus ojos.

A medida que se aproximaba al Bosque, experimentaba una sensación deliciosa de soledad y de olvido. Podía quedarse á solas un rato consigo mismo y respirar más libremente. No tenía que prestar oídos á ninguna pretensión, ni que devolver ningún saludo.

¡Qué fácil le sería ser dichoso en vez de gastar su vida y de disfrutar de ese pícaro París que lo fascinaba! Un momento antes, al pasar por delante del Arco de Triunfo había visto allí algunos hom-

bres vestidos de blusa durmiendo tranquilamente al sol, como si fuesen mendigos andaluces descansando plácidamente á la puerta de la Alhambra. ¡Qué poco pensaban esos en la fiebre del porvenir! ¡Y tal vez eran unos sabios!

El Bosque estaba solitario y cuasi desierto. Vaudrey no veía á través de los troncos de los árboles, por las avenidas y paseos, más que algunos transeuntes aislados, alguna institutriz inglesa cuidando unos niños, ó el verdoso uniforme de un guardia ó la blusa de algún jardinero.

El coche caminaba lentamente, y Sulpicio, un poco embriagado por aquel sol, subía la persiana de la portezuela y respiraba el aire embalsamado, diciéndose que en París los goces tranquilos están al alcance de cualquiera.

—¿Por qué se hallará desierto el Bosque? ¡Hace tan buen tiempo!

Casi, casi, se reprochaba no haber llevado á Adriana, la cual hubiera gozado mucho con aquel día verdaderamente primaveral. ¡Necesitaba la pobre tan poca cosa para disfrutar y sonreír! Adriana valía mucho más que él.

Verdad es que buscaba excusa á su negligencia diciéndose que entonces no habría podido visitar á su antiguo amigo Ramel, ni charlar con él.

Y además, yendo en compañía de Adriana, habría tenido que hablar y el sabor de aquellos deliciosos momentos consistía precisamente en la plenitud de aquella absoluta y silenciosa soledad, baño de aire tibio, en el olvido completo de la vida usual.

La vista de la tranquila superficie del Lago, que se extendía ante sus ojos azulada, rodeada de pinos como si fuera un lago suizo en miniatura, le hizo asomar la cabeza á la ventanilla del carruaje.

El cocheró daba vuelta á la izquierda, lentamente para rodear el Lago.

Vaudrey contemplaba aquella agua llena de luz donde se veían dos ó tres botecillos que andaban sin hacer ruido alguno con sus remos.

A la entrada de la avenida había un coche parado, un carrujillo de alquiler, el cocheró del cual, con la cabeza reclinada sobre el hombro derecho, dormía tranquilamente al sol, resguardándose los ojos con el ala de su sombrero de hule.

Era aquel el único carruaje que se veía por allí, y á pocos pasos de distancia, á la orilla del Lago, destacando su silueta en el fondo verdoso de las aguas, una joven estaba de pie, rodeada de una porción de patos de todos colores, que corrían dando graznidos hacia las migajas de bizcocho que aquella mujer les tiraba.

Dos cisnes blancos, que permanecían en el agua, la contemplaban, sin acercarse, con aire de dignidad.

En el momento de ver á aquella mujer Sulpicio sintió una emoción extraña que le comprimía el pecho y le paralizaba las piernas.

No podía equivocarse; la conoció perfectamente. O se trataba de un parecido extraordinario ó aquella era la señorita de Kayser.

¿Mariana? ¿Mariana á orillas del Lago y á una hora en que no había nadie en el Bosque?

Vaudrey no era supersticioso ni creía en la predestinación; pero, sin embargo, antojósele extraordinario el encuentro, porque hay en la vida algo real en lo fantástico, que pone bruscamente en nuestro camino el ser en el cual acabamos de pensar.

Había podido hacer esa observación muchas veces.

Apeóse del carruaje para acercarse á ella y echó á andar por un sendero que lo conducía hacia donde estaba la joven. Ya era imposible la equivocación ni la duda; era ella. Evidentemente algún día había de haber vuelto á encontrar á la señorita de Kayser; pero ¿cómo había querido la casualidad que precisamente aquella tarde se le ocurriera dar